

Ensayo La corrupción puso fin al imperio romano y a la España del siglo de oro, y sus tentáculos nos alcanzan de nuevo. Brioschi sigue su trayectoria

Una propina exagerada



Carlo Alberto Brioschi
Breu història de la corrupció
Traducción de Anna Casassas

LA CAMPANA
264 PÁGINAS
18 EUROS

Manifestación anticorrupción recientemente celebrada en Valencia
J.M. CENCILLO

J.E. RUIZ-DOMÈNEC

Siempre que algo va mal aparece la corrupción. Menuda palabra. Concita todas las repulsas de los ciudadanos: es síntoma y estrategia de una grave crisis del sistema; un hecho mental antes de convertirse en financiero. Porque la venalidad ha existido siempre, desde la Babilonia de Hamurabi, y ha presentado rasgos inquietantes en momentos estelares de la humanidad. La corrupción puso fin al imperio romano, a la España del siglo de oro o la Unión Soviética, en los tres casos una nomenclatura enajenada permitió que sus afines saquearan impunemente las arcas

del Estado. Pero hay miles de ejemplos más rescatados en este libro con la sutileza de un italiano a la hora de hablar de la propensión a utilizar un cargo para fines personales, una comisión, un tráfico de influencias, un cohecho, en definitiva, una pequeña ayuda al socio, al conmillón del partido, al prebendado.

Todo es sórdido en torno a la corrupción, sin grandeza, y más en nuestro tiempo donde se tiende a una banalidad extrema con personajes de sainete (pensemos sin más lo que está pasando aquí y ahora con bigotes o sin ellos) cuya sola existencia es una vergüenza para

el país que lo tiene que soportar. Y luego está la visibilidad de un acto así: los reos con las esposas en furgones de policía ante el regodeo de los adversarios y el escándalo de los propios; la pena de telediario se suele decir, mostrando con ello que una imagen vale más que mil palabras. Quizás falte un juicio universal sobre esta falta, quizás venga algún día, pero eso es escatología y aquí sólo se trata de dirimir una pasión humana, demasiado humana, para que creamos que desaparecerá con buenas intenciones o medidas cautelares. Tampoco se trata de una lucha sin cuartel entre honrados y corruptos, como dejó

entrevir Italo Calvino en un brillante artículo en el diario *La Repubblica*, "Apólogo de los honrados en el país de los corruptos", cuando comentó las circunstancias que rodearon Tangentópolis. Y es que una corrupción tan generalizada como la que vio Italia en la década de 1990 (que provocó un cataclismo político que hizo desaparecer los partidos tradicionales) o la que vive España en la actualidad, cuyos efectos en el futuro son impredecibles, no podría existir sin la pasiva complicidad del resto de la sociedad.

¿Hay modos de erradicarla?

Porque la corrupción es algo más que un simple pelotazo urbanístico o meter la mano en las arcas públicas: es una actitud ante la vida. Eso se puede ver en las observaciones de Valerio Riva, recogidas en este libro, sobre el destino de las sumas que Moscú entregaba a los partidos comunistas y que no iban a engrasar la cuenta corriente de sus destinatarios, sino más bien a engrasar una maquinaria con la que se compraban políticos, se sobornaban movimientos y partidos, se pagaban espías, se compraban intelectuales y se catequizaba a las multitudes. O el silente tráfico de influencias que calificamos de forma eufemística de endogamia, favores o redes de afines, donde un puesto de trabajo, algo tan importante ahora que falta, se entrega no al que más méritos tiene, sino al que apunta una sistema, a costa incluso de su supervivencia. Esta otra venalidad es más dañina que el robo disimulado, porque atenta contra el alma de un pueblo.

¿Se puede salir de la corrupción? Asunto difícil. Ese toque de escepticismo con el que el autor acaba el libro hace creíble sin embargo el comportamiento humano, pues lo hace descansar en el compromiso y no en una pureza beatífica. Al cabo, qué es una prebenda sino una "propina exagerada", como dijo Nelson Rockefeller al juez cuando investigaba un caso de soborno a un edil municipal de Nueva York. |